

Arte y Fuga de María Negroni

Héctor Gómez Navarro (Universidad de Oviedo)

[Negroni, María. *Arte y Fuga*. Pre-Textos, 2004]

El último título publicado de la poesía de María Negroni (Rosario, Argentina, 1951), *Arte y Fuga*, viene a ahondar en temas y estilos ya anunciados en libros anteriores. Desde el inicial *De tanto desolar* (1985) hasta *Islandia* (1994), título que le valió el premio *PEN American Center* o *La ineptitud* (2002) llevaba Negroni tratando las temáticas de la creación, el deseo, los mundos interiores con su inconfundible voz, grandilocuente pero salpicada de coloquialismos, rítmica pero quebrada.

El rabino de Praga. Un breve excursio: según cierta tradición judía, el rabino praguense Loew construyó un ser antropomorfo de barro y cera al que confirió vida escribiéndole en la frente la palabra *emet*, “verdad”. Cuando el engendro se volvió sanguinario, lo desactivó borrándole la primera letra y así dejando la palabra “verdad” en *met*, “muerte”. Jorge Luis Borges trató el tema en *El otro, el mismo* (1964), convirtiéndolo en contenido recurrente para estéticas culturalistas. El libro que nos ocupa, *Arte y Fuga*, se estructura en torno a la figura del rabino de Praga y a la sabiduría necesaria para transitar entre la verdad y la muerte.

El arte es una fuga –dijo el rabino de Praga
 hay que inventar lo que somos
 cuando el otoño imanta
 la palabra nunca
 y entonces eso habla
 como un agua virgen habla
 como una música abierta
 y nos enseña a morir.

Para Negroni, ésta sabiduría ha de encontrarse necesariamente en la introspección, en el sondeo del otoño interior que proporciona la *gnosis* poética: “el otoño/ hace cantar al amarillo. [...] el amarillo/no ha dejado de soñar/navega en lo extranjero de sí mismo” (Negroni 2004: 7-9).

El carácter reflexivo de esta búsqueda va haciéndose paulatinamente solipsista. Primero

una mujer que invade
 la página nerviosa del deseo
 como una muerte atenta

a lo que vive
dentro de ella (Negroni 2004: 19)

y más tarde, la introspección va tomando un cariz de rechazo a lo exterior y en concreto a lo humano: “ocho millones de historias/en la ciudad desnuda/y yo/pensando en los caracoles” (Negroni 2004: 39). Este repudio de lo social, no obstante, llega a tomar ciertos matices egoístas y grotescos: “juro que vomito/si escucho una vez más/*todavía cantamos*” (Negroni 2004: 29. Téngase en cuenta que *Todavía cantamos* se convirtió en el himno de los familiares de desaparecidos de las dictaduras del Cono Sur).

Esta deshumanización toca profundamente al sujeto poético. Del canto va quedando sólo aquello que no necesita a la persona; la música, sin palabra ni voz: “ciertas músicas/hablan/de lo que siempre no habla/como un poema sobre nada” (Negroni 2004: 27). Luego, el sujeto se desdibuja: “cada cosa es un claro/una pietá/de música nerviosa/no se sabe quién canta” (Negroni 2004: 51).

Finalmente, el proceso de deshumanización se completa hasta que no queda ni contenido del lenguaje, que es sólo música, ni persona que cante, ni receptor:

canta la pena que vuela
el silencio que canta
en los inmensos
territorios de tu nada.
[...]
como una voz que enciende el bosque
o pájaro que toca
sólo para Dios.

Arte y Fuga es un ejercicio de búsqueda estética con un resultado un tanto irregular en lo expresivo, lastrado por sus afanes grandilocuentes. En lo temático —como evidencia el título del poemario— aborda una vez más el tópico del arte por el arte, tratando la creación como medio de evasión, como juego de filosofía especulativa, alejada de la comunicación humana.